HERALDO DE MURCIA

AÑO IV — DIARIO INDEPENDIENTE — NUM. 1030

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.
Redaccion y talleres: S. Lorenzo, 18

LUNES 12 DE AGOSTO DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En segunda plana. . . . . 00'50 pesetas línea
En tercera. . . . . 00'10 id id.
En cuarta. . . . . 00'05 id id.
Administracion: Saavedra Fajardo, 15.

EL PARTO DE LOS MONTES

Al pais le ha amargado no poco la primera toma de ese elixir de larga vida que los gobernantes llaman «reorganización de servicios», como podian llamarle otra cosa, dado que la reorganización consabida no consiste en un barrido hácia fuera, como el país quiere, sino en un barrido hácia dentro, como es más necesario y conveniente á los deudos del Sr. Sagasta.

La creación de una flamante dirección general de Agricultura, Industria y Comercio, no ha sorprendido á la gente avisada, que vé en ello el avance hácia un ministerio del mismo nombre, para que el Sr. Rodrigañez ú otro yerno de igual calibre pueda juzgar á los ministros, para lo cual tiene las mismas condiciones de sus compañeros futuros, que por suerte para él y desdicha para el pueblo no son ningunos Sénecas.

A esta Dirección irán: de Guerra, la cuestión de la cría caballar; de Instrucción, las Escuelas de ingenieros de minas y montes y cuanto con estas profesiones se relaciona, y de Gobernación, cuando se aprueben los proyectos oportunos, lo que afecta á las huelgas y asuntos sociales que entran en la denominación de industria y comercio, y es casi seguro que pase también á esa Dirección, aunque todavía no está resuelto, lo que se refiere á la marina mercante y secciones comerciales.

La importancia, que, por tanto adquiere la nueva dirección, afirma la creencia de que se aspira á trocarla en un ministerio, cuando el país trague la píldora de que esto verificarase *sin aumento en los gastos*, y alarma á quienes creen que con siete ministerios quedaría bien servida una nación pobre cual la nuestra y en la que ya es axiomático que la mayoría de los ministros solo sirven para prohijar las reformas debidas al talento de sus subordinados y para firmar, sin repasarlos, los documentos que estos ponen á la firma.

Y ya que pueden los ministros entregarse blandamente á los goces de los ocios veraniegos, sin que nada turbe su existencía plácida y tranquila. A no ser por el meritorio trabajo de Romanones, digérase que la reorganización de servicios, reducida á labrarle un nombre á un yerno célebre, era imagen y semejanza del parto de los montes. Ciertamente, que fué mucho ruido para tan pocas nueces. Podiamos esperar algo de más enjundia que la nonada conseguida.

Suerte que para desquitarnos de tal pobreza, viene muy oportunamente lo que «El Liberal» llama *verbena marítima* y servirá para alegria y regocijo de les desocupados veraneantes: la revista naval, tan inútil y costosa que indigna á periódico tan sesudo y perito en la materia, como lo es el «Diario de la Marina», que asegura debian gastarse esos miles de duros en ejercicios «que sirvieran para una instrucción eficaz, que produjeran tripulaciones expertas y que mantuvieran el espíritu militar y marinero en nuestra Armada hasta tanto que el personal se pudiese utilizar en buques más perfectos y poderosos. Eso efectuado en el Mediterráneo, en el Estrecho ó en las rias de Galicia, sería más útil que andar dando tumbos sin plan fijo y á la buena de Dios por el Cantábrico.»

Como nos sobra tanto dinero, no es censurable que se derroche de tal modo. ¡A bien que no van á divertirse nada los nobles veraneantes, viendo las mejores joyas del *rastro marítimo* español!

También podremos solazarnos, mientras los ministros gozan de los placeres del veraneo, comentando los últimos telegramas referentes á la agitación carlista, tan visible á lo presente, que un cabecilla aragonés marcha en busca de otro catalán, para ponerse de acuerdo en lo tocante á un próximo alzamiento.

En esto no pararán mientes los ministros, á pesar de las excitaciones de la prensa. ¡Tiene tan poca importancia un movimiento carlista! Y más, ahora, que los catalanistas aman con delirio á España y los bascos, se han convencido de lo ilusorio de sus sueños de independencia.

El porvenir se presenta hermoso, despejado, sin peligro alguno. Y como base de esta hermosura, de tal carencia de peligros, está esa incomparable reorganización de servicios de la que toda España será la piedra angular de la dicha, el primer peldaño de la escala por donde se llega al templo de los negocios donde Moret, el duque de Veragua y Puigcerver doblan el espinazo ante el dios Mercurio.

Delitos anónimos

Son muy lamentables por lo horrorosos ciertos crímenes que cometidos por feroces padres, en sus propios hijos, son objeto al presente de levantadas y brillantes protestas por parte de los periódicos locales.

Están muy bien, son dignas de todo aplauso y merecen la más alta consideración de parte de la sociedad culta, esas protestas de la prensa sobre ciertas incalificables hazañas: nunca mejor empleadas las augustas armas del periodismo; pero entendemos, más que le pese á los sanchos y burladores y otras raleas de la carnaza, que en algo menos extremoso, más humano, más corriente y vulgar, hay que fijar la espiritual mirada compasiva si hemos de remediar estos abusos, cuyo solo relato, es la vergüenza y el ludibrío de un pueblo que alberga un alma racional y que cree y espera en un Dios misericordioso. Más claro; no solamente surge la bestia humana cuando se consuman estos atentados cuyo delito por sus circunstancias entraña todas las más horribles agravantes precavidas en nuestro Código, sino que esa bestia humana, ruge de continuo, hace de las suyas á diario, acomete y mortifica, golpea, araña y muerde, hiere y atormenta cometiendo crimenes anónimos, sino de tanto bulto como estos que á la atención pública se exteriorizan, hechos innobles, punibles, inhumanos y despiadados, crimenes al fin y al cabo.

No hablaremos de los pecadores pero vociferaremos á gritos el pecado. Hay una costumbre muy arraigada, fatal á fuerza de inconsciente cuando no de mala fé, de maltratar á los niños castigándolos duramente con el ayuno y con el palo. Qué triste es la consideradión de todo esto y qué desesperante que tan grosero procedimiento sea aun defendido como sistema correctivo por otros seres, que sin ser aquellos desarrapados carne de presidio, son unos desgraciados mentecatos, faltos de razón, opacos de meollo, que además de obrar en estas prácticas desordenadamente, cometen hechos clasificados como delitos en nuestras leyes! ¡Cuántos de estos quedan impunes! Se dan cincuenta á diario; varios á cada paso.

La falta de cultura, la crasa ignorancia, conducen á las bajas inclinaciones; entonces, los buenos sentimientos yacen adormecidos y nada noble surge del encenagado espíritu: el derecho á la sociedad en estos seres se convierte en una inconsciente y odiosa altanería continúa, y de la mezcla de ese instintivo espíritu de asociación y aquellas inmundicias, brota la soberbia, apoteosis irracional temible, que mira frente á frente con extravismos de enajenado á las almas puras, á los videntes de buena voluntad.

No se nos llame exagerados si llevamos la atención del lector á ciertos detalles; ellos son una realidad, su más vivo relato un reflejo pálido de ella, y se perdería la partida.

En la calle á ojos de todo el mundo; en el fondo de los hogares sórdidos, cosa horrible, por que como si no fuera bastante el martirio de las injurias de una vida miserable, aún se tortura al cuerpo hambriento y aterido: en los hogares acomodados, trance duro, porque en una vida de bienandanzas, es cosa amarga, desde la aurora iniciada del alma en horizontes de cultura, caer en las tinieblas de brutales negruras. En unos y en otros, no dejan do cometerse á diario, semejantes atrocidades.

Para estos semíverdugos cuando no verdugos del todo, las correas, el palo, los cordeles, son otros tantos instrumentos de castigo; desde el jovenzuelo al inocente pequeñuelo son muchos los sometidos á este martirio denigrante y soez. Los padres con paciencia y celo cariñoso han de atemperarse discretamente á la edad de sus hijos y cultivar en ellos la razón; sobre todo, el ejemplo sencillo de las acciones, que para nada de él se cuidan, hacen más que todos los castigos del mundo que sólo tienden á fomentar la ira del niño embruteciéndole. Pero nada, la indicada soberbia burda que un motivo fútil engendra, se sobrepone á toda reflexión digna y la bestia soez campea. Es horrible, que personas decentes y sensatas tengamos que escuchar de contínuo estos alaridos dolorosos, estos sollozos que la innoble y criminal paliza ahoga en la garganta de la infeliz criatura que tiene por amorosos protectores á verdugos encarnizados.

Y esto se tolera, se vé con indiferencia, por quien acata en su grosera miopía, como necesarios esos castigos, díganlo sino ciertos maestros de instrucción sañudos y crueles, usando como correctivo el martirio con indefensas y débiles criaturas, empleando procedimientos irrisorios y burlesco para mayor atrofía del sentimiento de aquellos infantiles seres, humorismo asqueroso que más pone de relieve la ruindad de alma de estos dómines, en contraposición horrible con aquella otra augusta magestad y amoroso celo del verdadero y sabio maestro. ¡Vaya una manera de ejercer las máximas del Evangelio en un centro docente! ¡Cómo no han de estar indeslindadas las ideas en los cerebros de ciertos jóvenes!

Lo repetimos; á estos términos medios hay que atender para poner el remedio; no existiendo el uso innoble, no vendrá el abuso. El populacho soez, vé, que quien no es populacho también admite en su seno el bárbaro castigo y lo tolera y casi lo aprecia necesario; hasta suele establecerse la garantia del palo entre el padre del niño y el maestro. ¡Qué horror!

No se nos tachará de exclusivistas; si así fuera, harto pecado llevaría quien tal pensara y sacáralo Dios del expresado estado medio en que se colocaría convicto y confeso.

En terreno noblemente racional nos colocamos; es evidente, que ninguna persona de elevado espíritu puede sostener semejantes negaciones del orden moral; á aquellas almas mezquinas, ó á aquellos miopes contaminados, nos declaramos en abierta protesta de estos acometimientos brutales. No destruyamos el organismo humano, la salud es orden y belleza; no hay nada tan bajo, cuando la necesidad inminente no lo demanda, como herir el rostro ó golpear el cráneo, ese maravilloso laboratorio de las ideas; porque destruir la carne para ahuyentar espíritus es restar prosélitos á las filas del progreso humano y no hay negación más horrible ni más torpe y grosero escepticismo. Hay cosas demasiado sagradas para profanarlas por apasionada torpeza; el cerebro es el instrumento del espíritu, el arpa egregia por él entonada, en sus sublimes cánticos á Dios.

J. Angel de Ayala

RÁPIDA

Bien comienza el siglo para los incrédulos: el legítimo, el auténtico demonio se ha presentado á un natural de Lubrin, con todas sus galas á cuestas, vestido correctamente de negro como si se tratase de una recepción diplomática, ó de un banquete palatino, y engalanada la hermosa cornamenta con soberbios adornos dorados. ¿Para qué tal lujo? Para aconsejarle «suavemente» al vecino de Lubrin, que le propinase á su media naranja un par de puñaladitas. Caso nuevo y altamente sugestivo que no deben dejarse en el tintero los señores abogados que recurren un dia y otro dia á la embriaguez no habitual como atenuante y á la locura (¿habitual?) como eximente. Bueno, pues sigamos con la historia. El demonio, bastante amoscado al ver que sus consejos eran desatendidos y que el pelele lo mandaba al infierno, puso los pies en pared, como suele decirse, y echándole al citado y precitado prójimo las zarpas al cuello, esclamó: Si no la matas, te extrangulo » Ya lo saben los criminalistas; el demonio se enreda en las mallas de los artículos once y quince (título 2.°, cap. 1.°) del excelente Código Penal. ¿Cómo aprehenderle? ¿Con ayuda de la Guardia civil? ¿de los monaguillos de la parroquia más cercana?...

CRÓNICA

S. M. LA CARNE

No hay discrepancias. Del campo nos vienen en vez del aroma embalsamado de las florestas, ráfagas de lujuria que se mezclan, se confunden con las olas de lujuria de las poblaciones, hasta convertir la atmósfera en manantial ponzoñoso, donde se bebe á grandes tragos la corrupción, el aniquilamiento moral que se respira en los altares del vicio. La poesia bucólica ha muerto y sobre su triste cadáver, los sátiros de ahora cantan la canción de la carne.

La fiebre corruptora antes de rendir el cuerpo, esclaviza la concienza y padres y hermanos venden, en lujuriosa trata, al sér de su sér, y carne de su carne al repulsivo sátiro que con ayuda de la vieja Celestina hace del más hermoso de los seres la más repugnante de las cosas, la indiferente máquina de placer. Y la humanidad sigue resbalando hácia la sepultura, sin volver los ojos al pantano, cuyas emanaciones malsanas inoculan en su organismo los gérmenes del padecimiento que la descompone en vida, y la podredumbre crece, crece, crece...

La canción de la carne, brutal, rugidora, suena en nuestros oidos y lentamente, insensiblemente, nos arrastra al torbellino de seres degenerados, cuyos lomos flagela el deseo con golpes de tralla que, extremeciendo la epidermis con lúbricos escalofrios, nos roba el alma pedazo á podazo, con refinamientos de crueldad exquisita y agazapándose tras el goce soñado como el tigre en en acecho de su presa.

Y los padres venden á sus hijas; las hermanas á las hermanas; los setentones sienten el latigazo del deseo ante infelices seres que aún no entraran de lleno en la vida; los hombres del trabajo, fuertes, robustos, de torso de Hércules, sienten borbotar la sangre en las venas ante un placer criminal, y lo gozan y matan para convertirse de una en bestias feroces.

Nunca ha llegado el vicio á más ni la raza á menos. El monstruoso espasmo cruza con violencias de huracán ciudades y villas, de la nación pasa á la nación, del continente al continente, del mundo viejo al mundo nuevo, y el reinado universal de los soñadores se realiza con el yugo universal del más odíoso de los tiranos, de S. M. la Carne.

Nunca fué soberano alguno tan poderoso: ante él se humillan quienes nunca se humillaran, hombres de todas las clases y de todos los paises, congestionado el semblante, sanguinolentos los ojos, balbucientes, inseguros, idiotas, corren á postrarse ante el ara de los sacrificios, embriagados, como las fieras, por el olor á carne humana que los los persigue, los busca, los envuelve y hostigando á la bestia que dormita en el hombre, convierte al hombre en víbora que estruja, en fiera que muerde, en vampiro que roba la vida á grandes tragos.

Y los sabios, los pensadores, los genios, siguen su camino sin preocuparse de la multitud que á su lado corre desenfrenada; y absortos en la contemplación del cielo azul que les inunda el rostro de luz de crepúsculo, marchan siempre, sin escuchar la canción de la carne que suena á su lado y llena el mundo de rugidos, de lamentaciones, de blasfemias...

Augusto Vivero.

Nuestra palomita

Como los políticos que por falta de humor y *sobra* de perras no van de veraneo, emigran en bandadas ó en tribus al Verdolay, al Valle y remojan el cuerpo en las *playas* de Pepin ó de Cadenas en los dias de fiesta, ayer no pude echarle el ojo á ninguno de ellos.

¿Qué hacer? Aprovechando los raptos de locura contagiosa de los mercedarios, me uní á una caravana que sin miedo al *simoun* de polvo que por falta de riego se levanta en el plano y paseo de Corvera, el paso de algún carruaje, iba á encaminarse al Verdolay.

El objeto de la expedición era visitar al minístro de Hacienda, del barrio de la Merced, que allí veranea, con objeto de enterarle de los progresos de la *contribución voluntaria* que deja tísicos los bolsillos de los mercedarios.

En tres espaciosos carruajes se acomodó la comisión, que queriendo aprovechar hasta su *máximun* las pesetejas gastadas en alquilarlos, los llenó de tal modo que no cabia allí un recaudador de contribuciones y eso que ellos se meten hasta por el ojo de una aguja. Allí iban los más hermosos ejemplares del bello sexo y los más horripilantes del feo.

Al frente de la comitiva marchaba gallardo, arrogante, emocional, el gran patriarca, caballero en un hermoso jamelgo, que pedia á voces ser llevado á la plaza de toros. Los comisionados de apremio, *sablistas* á domicilio, los directores de la gran lotería del borrego, lucían en la solapa flamantes banderas nacionales é iban terriblemente armados con formidables pitos.

Después de tragar dos quintales de polvo por barba y por bigote y de magullarnos el cuerpo los achuchones del viaje, llegamos al Verdolay donde nos recibieron á los magestuosos acordes de una serenata morisca que una colección de *dillettanti* ejecutaban á puñetazo limpio en unas latas de petróleo. Enseguida pun... prurrumpumpun, una traca enorme hizo explosión y nos dejó atontados.

El ministro de Hacienda, loco, loco *perdío*, dió un abrazo á cada uno de los expedicionarios y si no hizo lo propio con las expedicionarias fué porque le magnetizaron con unas miraditas y lo dejaron *in albis* por una semana.

Conmovido desde las entretelas del corazón hasta las del chaleco, se comprometió á ceder las tres cuartas partes de su fortuna, sin intereses ni más garantía de devolución que la palabra de los mercedarios; y en el paroxismo de la explendidez encargó á sus visitantes que hiciesen público que permitía retirar de su casa de préstamos todos los lotes menores de 25 pesetas, sin que le aflojasen un cuarto.

Atemorizada por este rasgo de generosidad y creyendo habérmelas ya con locos, levanté el vuelo y fuí á caer en Villa Pilar, residencia del *Bólido*.

Este me recibió como siempre, con muchísima amabilidad y derrochando cariño.—Siento molestarle, dije, viéndole rodeado de papelotes.

—A mi no me molestas nunca, palomita.

—Parece V. muy satisfecho, amigo *Bolido*.

—¡Y tanto! Todas las cosas se me presentan favorablemente. Cuento con la confianza de mi jefe y el apoyo de mis amigos, ¿qué más puedo desear?

—Cierto, bastante satisfactorio es eso. ¿Y qué hace V.?

—Contestar unas cartas de Gonzalez y del Marte del ministerio, en que me manifiesran haber atendido mi petición de un exprés para Castellón...

—Ventajosa concesión es esa, amigo mio. ¿Y por qué no lo logra V. para Murcia?

—En primer lugar, porque eso corresponde á los santones á quienes reverencia Murcia, á pesar de que no hacen nada por ella y segundo, porque aunque hice mucho por Murcia *in illo tempore*, ahora me debo á Castellón que me atiende más que esta ciudad á la que tanto quiero porque en ella descansan los huesos de mis padres. ¡Si no fuera por eso!...

Hablamos luego de la política local y me dijo que esta sufrirá un cambio muy grande, porque los jefes del turno no tienen confianza en los generales de sus tropas, para reorganizar las recuas.